

Novela colectiva

La sorpresa de Olivares

Feria del Libro de Madrid 2002

GRUPO ANAYA

La sorpresa de Olivares

NOVELA COLECTIVA 2002 Anaya - Feria del Libro de Madrid

Por iniciativa de Grupo Anaya, S.A. y con motivo de la celebración de la 61ª edición de la Feria del Libro de Madrid entre los días 31 de mayo y 16 de junio de 2002, se puso en marcha un proyecto de creación de una novela colectiva en Internet del género 'policíaco-novela negra'.

Desde unas semanas antes estuvieron accesibles unas páginas en www.anaya.es donde los interesados pudieron consultar las normas para participar en la creación.

La Novela Colectiva ha contado con numerosas colaboraciones que han contribuido a enriquecer la trama. Como título más apropiado se ha escogido "La sorpresa de Olivares", aportado por uno de los participantes. El equipo responsable del seguimiento de la novela se encargó de redactar el último día los párrafos finales con ánimo de atar cabos sueltos y cerrar las subtramas que se fueron proponiendo en las participaciones.

Lista de autores que han colaborado para la creación de esta novela:

03iamb03
Arche97
bettycasa
bucanero
calipsom
eeipalencia
eloyz
emunozor
Hector
Itoitotam3
Josuagog
Imartin03
margamat
sol3

(los marcados en negrita son los que, a juicio del comité lector, han realizado las aportaciones más interesantes)

Comité lector dirigido por: **Joaquín Ordoqui**

Edición: **Departamento de Contenidos y Servicios en Red. Grupo Anaya**

© **Grupo Anaya, S.A. 2002**

LOCALIZACIÓN

La acción se desarrolla en un pueblo de la sierra de Madrid que llamaremos Santos de la Higuera. Tiene unos mil habitantes y algunos chalets de veraneo, aunque la mayoría de las viviendas pertenece a residentes en la localidad. En el pueblo hay un banco, dos cafés (llamados *El Mejor* y *La Gruta*), una panadería, un supermercado pequeño que incluye alquiler de vídeos y DVD, un polideportivo con piscina y un asador, *El Corderito*. El puesto de la Guardia Civil está en El Escorial.

PERSONAJES

JUAN PABLO GONZÁLEZ BERIL Cadáver. Aproximadamente 50 años. Se dedicaba a realizar todo tipo de reparaciones sencillas: un poco de albañilería, un poco de fontanería, algo de carpintería... Vestía y vivía miserablemente, aunque siempre tenía trabajos.

CARLOS OLIVARES Teniente de la Guardia Civil que investiga el crimen. Unos 40 años.

MARIO CUESTA Sargento de la Guardia Civil y ayudante del teniente Carlos Olivares. 25 años.

LUCAS LA GUARDIA VERDECIA	Vecino de Juan Pablo. Trabaja en Madrid, en un negocio de compra-venta de coches usados. No es del pueblo y no conoce mucho a sus habitantes. 34 años.
MARÍA JUANA GARCÍA PEREDA	Esposa de Lucas. Ama de casa. 29 años.
FELIPE, EL MUDO	Vivía con Juan Pablo, aunque nadie sabe si hay algún parentesco entre ambos. Es mudo y ayudaba a Juan Pablo en sus trabajos. Cuando este muere, no se encontraba en el pueblo. 18 años.
MAÑUCO	Propietario de La Gruta, café que está situado frente a la casa de Juan Pablo. 45 años.
TERESA	Esposa de Mañuco; lo ayuda a llevar el negocio. 43 años.
EMELINA BUSTAMANTE	Vecina de Juan Pablo. Vive de una pensión de viudedad. 75 años.

Capítulo 1

Para saber que Juan Pablo González llevaba varios días muerto, el teniente Olivares no necesitaba al forense pues el hedor que despedía el cadáver era tan fuerte que fue el motivo por el cual los vecinos del difunto habían alertado a la policía. Tampoco parecía necesario un dictamen profesional para decidir que la muerte se había producido a causa de dos disparos realizados a muy poca distancia por una escopeta de perdigones. Los orificios que aparecían en el pecho de la víctima eran muy elocuentes. Cuando el teniente supo que Felipe el mudo había desaparecido, apenas le quedó duda alguna acerca de quién había cometido el crimen. Las causas podían ser varias, eso ya lo investigaría. Pero todos en el pueblo sabían la forma despótica como la víctima trataba a su pupilo.

Sentado ante la barra de La Gruta, el teniente saboreaba un café sólo mientras pensaba que se trataba de uno de esos casos que se resuelven en un par de días, cuando el sargento Cuesta lo sacó de su error:

—Mi teniente, llegó el informe del forense.

—¿Y? —dijo el teniente con indiferencia.

—Pues que han encontrado veneno en el cuerpo de la víctima. Grandes cantidades de veneno.

—¿Algo más?

—No... Bueno, sí. El mudito ha regresado por sus propios pies. Y no ha parado de llorar desde que supo la noticia.

Olivares se puso de pie parsimoniosamente. Dejó un euro sobre la barra, miró a su subordinado y le dijo:

—Andando, sargento. Hay que empezar de nuevo.

—¿Lo conocía bien?— preguntó Olivares a Mañuco, mientras tomaba su tercer café solo.

—Todos en el pueblo lo conocían, teniente. Nació aquí.

—¿Enemigos?

—Que yo sepa, ninguno. Era un hombre solitario y no tenía amigos, pero tampoco enemigos. Gritaba mucho al mudito. Lo trataba mal. Pero también hay que reconocer que lo recogió y le dio comida y vivienda durante años.

—¿Y relaciones íntimas?

—¿Mujeres?

El teniente afirmó con la cabeza.

—Que yo sepa, ninguna.

Olivares pagó su café y salió a la calle mientras pensaba. De pronto, sintió que alguien lo miraba. Sin embargo la calle estaba desierta.

Dos días después, el teniente Olivares sólo había podido añadir una nueva certeza a su investigación: el motivo del crimen no era económico. En la casa del difunto no había rastros que indicaran un registro o la búsqueda de objetos valiosos, de los cuales, por otra parte, Juan Pablo González carecía. Sus únicas pertenencias de cierto valor eran un televisor panorámico que continuaba ocupando un gran espacio en el exiguo salón y la propia casa, que la ausencia de herederos convertía en un improbable motivo para el asesinato.

Emelina Bustamante fue a buscar el pan, como todos los días desde que Mañuco tuviera memoria.

—Buenos días, doña Emelina—, le dijo repitiendo lo que ya se había convertido en un rito.

Para Mañuco resultó extraño que la señora no se detuviera a realizar los comentarios de siempre: el estado del tiempo y sus propios achaques. En lugar de ello, masculló un saludo indefinible y continuó absorta su camino. Mañuco se la quedó mirando con perplejidad. Luego pensó: “Este crimen nos tiene a todos trastornados”.

Doña Emelina, por su parte, llegó a la esquina y se detuvo. Miro a su alrededor y, al comprobar que nadie la veía, se dirigió sigilosamente a la parte de atrás de la casa del difunto. Cuando estaba a punto de llegar se detuvo bruscamente al comprobar que el teniente Olivares y el sargento buscaban algo en el suelo, a pocos metros del lugar. Dio media vuelta y se marchó con mayor sigilo aún.

—Sigo sin entender para qué los disparos, mi teniente. Con todo el veneno que tenía dentro.

—Para despistar, Mario, para hacernos pensar que todo había ocurrido en la casa del finado. Tal vez para inculpar al mudito de paso.

El sargento levantó la vista unos instantes.

—¿Usted cree que no lo mataron en su casa?

—Mire —señaló con el dedo el teniente. El sargento se acercó y pudo ver sobre la hierba unas manchas parduscas que parecían de sangre.

—Tome muestras y llévelas al laboratorio inmediatamente.

El sargento Mario Cuesta parecía completamente desconcertado cuando se acercó al teniente Olivares, con unos informes que le entregó mientras decía:

—Es sangre de cordero, mi teniente.

—¿Cordero? —respondió el teniente, levantando la cabeza de los papeles en que se encontraba inmerso.

—Así es. No se trata de una pista...

—O sí —lo interrumpió Olivares. —Puede ser una pista falsa.

Capítulo 2

El teniente Olivares estaba revisando los informes relacionados con la muerte de Juan Pablo González Beril, cuando Cuesta entró en su oficina sin llamar, tal y como era su costumbre.

—Mi teniente.

—Ahora no, sargento. Déjeme a solas un rato.

—Es que ha venido un tío que dice que sabe algo relacionado con el finado. Olivares levantó la vista de los papeles.

—Bueno, hazle pasar.

El teniente observó a su interlocutor. Tenía alrededor de treinta años y vestía ropa de calidad, aunque de forma descuidada. Su mirada y sus movimientos demostraban seguridad en sí mismo.

—Siéntese —dijo el teniente—. Me informa el sargento que sabe algo acerca de Juan Pablo González.

El hombre se sentó mientras afirmaba:

—Así es.

—¿Cómo se llama y a qué se dedica?

—¿Yo?

Olivares asintió con la cabeza.

—Lucas la Guardia Verdecia. Vivo de la venta de coches usados.

—¿Y qué es lo que sabe?

—Soy... Bueno, era vecino del difunto. Hace un mes, aproximadamente, me tocó a la puerta y me pidió un favor.

El teniente esperó a que su interlocutor dijera lo que tenía que decir, sin apresurarlo y sin interrumpirlo. Pero Lucas permanecía pensativo, como dudando. Tras medio minuto de silencio inútil, Olivares se decidió:

—¿Cuál fue ese favor?

—Que le guardara un sobre cerrado.

—¿Sin saber qué contenía?

—Eso era lo que él quería. Pero yo le dije que no podía guardarle nada si no me lo mostraba antes. Estuvo de acuerdo. Fue a buscar el sobre y lo abrió delante de mí. Era su testamento.

Olivares apenas pudo contenerse:

—¿Por qué no me lo dijo antes?

Lucas intentaba disimular su nerviosismo sin mucho éxito.

—Es que... usted sabe... Como pasó lo que pasó...

—¡Precisamente por eso! ¿No comprende que un testamento puede ser muy importante cuando ha ocurrido un asesinato? —dijo Olivares, mirando fijamente a su interlocutor.

—Ya —respondió Lucas—. Es que no me gustan las complicaciones. Si lo hubiera sabido, no le habría cogido el maldito sobre.

El teniente pensó que no tenía sentido poner al hombre más nervioso aún. Al menos por ahora.

—Bueno, tranquilícese. ¿Sabe que dicen esos papeles?

—No, teniente. ¿Cómo lo iba a saber?

—¿Los ha traído consigo?

—La verdad es que no. Estaba trabajando cuando pensé que debía entregarlos. Ni siquiera pasé por mi casa.

Olivares se levantó y abrió la puerta.

—Sargento, acompañe al señor a su casa y tráigame inmediatamente unos papeles que él le va a entregar.

—Enseguida.

El teniente miró a Lucas la Guardia con intensidad:

—En cuento a usted, es mejor que se mantenga localizado hasta que esto se aclare. Comuníqueme su dirección y teléfono al sargento Cuesta.

Lucas estaba cada vez más asustado.

—¿Y yo qué he hecho?

—¿Qué le parece ocultamiento de pruebas en un caso de homicidio?

El sargento Cuesta acompañó a Lucas a su casa. Por el camino apenas intercambiaron unas palabras sobre el tiempo.

—Hoy tenemos un día de calor, y eso que aún estamos en Mayo— sentenció el sargento.

—Sí, parece que se ha adelantado el verano.

El miedo atenazaba la garganta de Lucas, su voz temblorosa le hizo tartamudear y se sintió presa del pánico.

Siguieron caminando en silencio hasta la plaza del pueblo, vacía a esa hora. Sólo Teresa limpiaba los cristales del café La Gruta que, al ver a los dos hombres, dejó el trapo en el cubo y saludó burlona.

—Buenos días... Señores...

—Buenos días— contestó Lucas.

El sargento Cuesta se limitó a inclinar la cabeza y desvió la mirada.

Atravesaron en diagonal la plaza y se dirigieron a la callejuela estrecha que salía de una de las esquinas de la misma. No tuvieron que avanzar mucho, ante la segunda puerta de madera, pintada de marrón, se detuvo Lucas.

—Espere un momento, enseguida le bajo los papeles.

Mario Cuesta estaba intranquilo, no podía dejar de darle vueltas a sus pensamientos. Fue una tarde de verano cuando conoció a Juan Pablo González, se acordaba perfectamente. El día 15 de Agosto se había levantado tarde y había comido un bocadillo sentado en el sofá, delante del televisor. Se sentía muy solo y decidió salir a dar un paseo por La Castellana. Caminó durante horas por la calle desierta y quieta, se cruzó con un par de personas y la sensación de soledad no le abandonó. No sabría precisar cuanto tiempo estuvo sentado en un banco, a la sombra de un plátano, pero era

prácticamente de noche y las farolas se acababan de encender, cuando, de pronto, alguien se acercó.

—Hola, ¿te molesta que me sienta?

—No, no. Hay sitio de sobra.

—¡Qué bien se pasea hoy por Madrid! Se ha marchado todo el mundo.

Mario se volvió y vio a un hombre maduro, mal vestido y con la piel curtida por el sol.

—Sí, sólo nos hemos quedado cuatro gatos.

En ese momento apareció Lucas y le sacó de sus cavilaciones.

—Aquí tiene el sobre para el teniente. Yo no sabía que tenía que entregarlo... Yo estaba trabajando cuando...

—Está bien, no se preocupe, y no salga del pueblo sin avisarnos.

—El teléfono lo he escrito a lapicero, en el sobre.

—De acuerdo. Adiós.

Una cuenta bancaria con ocho mil euros y la propiedad de una vivienda pueden ser motivos suficientes para un homicidio, dependiendo de la forma de ser de cada cual. Si a ello sumamos una larga lista de humillaciones, los motivos que tenía Felipe el Mudo para asesinar a su paradójico benefactor eran mayores que la mayoría de los que suelen darse en casos de homicidio. Porque era el mudito el beneficiario del testamento de Juan Pablo González Beril quien demostró poseer, además de su vivienda, una cuenta de ahorros más gorda de lo previsto.

Sin embargo, estos argumentos no convencían del todo al teniente Olivares. Había demasiados elementos sin explicación.

En primer lugar, todo parecía indicar que el mudito no sabía nada del testamento, aunque, claro está, esa era sólo una posibilidad, pues podía haberse enterado por alguna vía que el teniente aún desconocía.

En segundo lugar, los disparos después del envenenamiento no tenían, todavía, una explicación plausible.

La reacción de Lucas la Guardia al ocultar el testamento durante una semana no parecía racional y la sangre de cordero encontrada cerca de la casa carecía de explicación. Además, la gente no acostumbra a sacrificar animales en terreno público.

El teniente suspiró mientras se levantaba de su escritorio y se dirigía a un salón preparado para realizar los interrogatorios a los sospechosos. “Interrogar a un mudo que, además, parece muy asustado, no es tarea fácil”, pensó el teniente.

—Me la estoy jugando por nada— dijo una voz susurrante y cabreada.

—Es lo que habíamos pactado— contestó otra en el mismo volumen, pero sosegada.

—Eso fue antes del último envío y cuando las cosas estaban más calmadas. Ahora exijo el doble.

—¿Exiges? Veré lo que puedo hacer— terminó la voz sosegada.

Ninguno de los dos interlocutores que hablaban en el interior del coche le prestó la menor atención a una escuálida anciana que barría la acera al lado de ellos.

Capítulo 3

Al día le costaba clarear porque unas feas nubes grises cubrían todo el cielo. Llovía a ratos y estaba muy desapacible. Pero al hombre que estaba tumbado en el suelo tras la curva de la iglesia no le importaba el frío ni el agua.

Yacía en una posición fea, con un brazo doblado debajo del cuerpo, pero lo más feo era el cuchillo de enormes dimensiones que sobresalía de su espalda y la mancha oscura del charco que le rodeaba, menos negra y más roja cuanto más luz se abría paso a través de los nubarrones.

El perro de Emelina fue el primer ser vivo que lo encontró, pero tras olfatear la sangre y un zapato del más que presunto cadáver, se largó enfadado a sacudirse el agua de la lluvia bajo el soporta de la iglesia, sin dar la voz de alarma.

Olivares supo del nuevo asesinato cuando realizaba un lento interrogatorio a Felipe el Mudo, quien contestaba escribiendo en un cuaderno largas y detalladas respuestas. Interrumpió esa extraña conversación inmediatamente pues no creía que en el mismo pequeño pueblo pudieran surgir dos asesinos de la noche a la mañana. El mudito dejaba de ser sospechoso nuevamente.

El sargento Cuesta se encaminó hacia la oficina con el sobre en la mano. Era un sobre de papel liso, de los que no tienen forro y, a juzgar por lo que abultaba, no debía de contener más de un folio. Mario lo examinó detenidamente, lo palpó, pero sólo pudo encontrar el teléfono de Lucas. Se estaba poniendo nervioso, la idea de que el contenido del sobre podía implicarle a él, el sargento Mario Cuesta, se le iba haciendo cada vez más evidente. Tenía que saber cuanto antes que había escrito Juan Pablo. Se paró un momento en la entrada de una calle, echó una ojeada y esperó a que desaparecieran las dos mujeres que caminaban por la acera. Cuando estuvo seguro de encontrarse solo, puso el sobre al trasluz y vio su interior escrito a mano. Apretó el papel con los dedos y pudo leer con dificultad: “ en caso de...”, “ mi amistad con...”

—¡Hola sargento! ¿Por qué no abre directamente la carta? Le será mucho más fácil de leer.

—Perdone teniente, mi-mi intención era comprobar si había algo dentro del sobre, es tan fino...

—Déjese de disculpas y deme esos papeles. ¿Cómo voy a poder confiar en usted?

—Teniente, le aseguro que no quería leer nada, no era mi intención...

—Vámonos.

El cadáver había sido encontrado por Cristina, una muchacha del pueblo que en el momento en el que llegaba el teniente Olivares la ambulancia que

acababa de llegar le estaba suministrando una serie de calmantes con nombres un tanto extraños.

El cuerpo sin vida que llevaba en la calle apenas unas horas, pertenecía a Lucas la Guardia Verdecia, que por supuesto también había dejado de ser sospechoso.

—¿Y ahora que hacemos teniente?— comentó el sargento cuesta algo confuso.

—Para empezar acordonar la zona, y después quiero que me analicen ese cuchillo, que me digan la marca, donde se venden y quien lo compró. Este es ya un asunto muy raro compañero.

Como bien dijo el teniente Olivares era un asunto raro. El cuchillo se analizó y se investigó, y resultó que había sido comprado en Madrid, que era un cuchillo de carnicero y se vendía especial para hostelería.

Además se realizó un examen de la autopsia que decretó que el difunto no había muerto por apuñalamiento sino por el mismo veneno por el que había muerto la víctima anterior.

—¿Entonces la sangre?— dijo Olivares

—¿Qué sangre teniente?— le preguntó extrañado.

—¡La sangre bajo el cadáver!

—¿Que le pasa?

—Sargento, usted me decepciona. ¡Si ya estaba muerto no puede sangrar!
¡Los muertos no sangran!

—¡Tiene usted razón!. Mandaré que la examinen inmediatamente.

La descripción del cuchillo y el tema de que la sangre reseca fuera de la casa de Juan Pablo fuera de cordero llevó al teniente Olivares y a su compañero a tomar declaración a todos los trabajadores de los locales del pueblo, incluyendo al asador El Corderito que precisamente por la sangre de cordero y el cuchillo llevaba la delantera en cuanto a sospechas.

Capítulo 4

Mario Cuesta se fue a dormir a casa, había sido un día cargado de sorpresas y le dolía la cabeza. Desde que empezó a trabajar como ayudante del teniente Olivares. Vivía en El Escorial, muy cerca de la oficina, en un pequeño apartamento alquilado. Se había instalado hacía ya un año largo y, aunque en principio iba todos los fines de semana a Madrid, poco a poco había ido espaciando los viajes a la capital. Se sentía bien en las dos habitaciones del apartamento que el mismo había decorado y le gustaba tumbarse en el sofá con un vaso de whisky y música de fondo.

Llegó a casa sobre las nueve de la noche, tuvo suerte de poder aparcar a pocos metros de la puerta y no tener que caminar después de un día tan agotador. Abrió la puerta y encendió la luz maquinalmente. En aquel mismo instante el mundo se le vino abajo, no podía dar crédito a lo que estaba viendo: libros por el suelo, sillas y estantes volcados, cajones abiertos y el mostrador

de la cocina con los cacharros desparramados. El pánico le hizo retroceder y sacar el arma que llevaba en la chaqueta. Entró despacio encañonando la pistola y tiró de la puerta con cuidado: no había nadie detrás. Instintivamente se pegó a la pared y avanzó paso a paso, sin apartar la vista de la puerta. Se detuvo un momento delante del dormitorio y aguantó la respiración: no se oía nada. Con un movimiento rápido dio una patada a la puerta, levantó la pistola con las dos manos y gritó:

—¡Alto!

Nadie contestó. La habitación era un caos aún mayor que el que reinaba en el salón, apenas quedaba suelo que pisar entre la ropa esparcida y en el cuarto de baño la cortina estaba arrancada.

—¡Mierda!

Oyó un ruido en la habitación y giró bruscamente.

—¿Quién anda ahí?

Una silla acababa de caerse con el peso de la ropa y todo volvió a quedar en silencio. Estaba solo. A Mario le temblaban las piernas cuando se acercó a la cama, retiró la mesilla y la lámpara de noche de entre el revoltijo de sábanas y se derrumbó encima.

Justo en ese momento le sobresaltó el timbre del teléfono. Cuesta estaba, como suele decirse, hecho polvo. Con mano temblorosa cogió el aparato y preguntó:

—¿Si? Dígame.

—Cuesta— era la dinámica voz del teniente Olivares— a ver si puede pasarse un momento por el cuartel, tenemos novedades.

—Mi teniente, yo también tengo novedades.

—Vaya, la cosa parece que progresa.

—Y tanto, mi teniente, y tanto.

El sargento Cuesta echó una mirada tras de sí mientras cerraba la puerta.

—Menudo chollo me espera. Sólo en ordenar este desbarajuste me va a llevar su tiempo.

Y es que una de sus manías era, precisamente, el orden.

El guardia de puertas lo reconoció antes de que se quitara el casco. Acudió a la verja para franquearle la entrada.

—Parece que la Aprilia te marcha bien, ¿no?

Era un joven rubio, de aspecto germánico, de la última hornada de la Benemérita.

—Creo recordar, Veloso, que te la he ofrecido para que la pruebes cuando quieras.

—Gracias, compañero, quizás no tarde en tomarte la palabra.

Cuesta aparcó la moto y colgó el casco del manillar.

—El teniente te espera en su despacho.

—Gracias, Veloso.

Olivares estaba sentado y, con un bolígrafo, se entretenía dando golpecitos en el borde de la mesa llevando el ritmo de un vals que bullía en su mente.

—Buenas noches, mi teniente, ¿da usted su permiso?

—Pase, Cuesta. Este asunto que nos traemos entre manos está resultando la caraba.

—Pues espere a que yo le cuente.

—Siéntese, sargento. Aquí están los resultados de toxicología.

Y arrastró sobre la mesa, hacia su ayudante, unos papeles grapados.

—Pásmese, Cuesta, el veneno en cuestión, con el que se han cargado a esos interfectos, es simple y llanamente matarratas.

Cuesta enarcó las cejas.

—Si, compañero, barato y fácil de adquirir. Cualquier droguería lo pudo expender. Ya podemos prepararnos, o que se preparen, a patear Madrid. De seguro que no fue adquirido en Santos de la Higuera. Nuestro hombre, o mujer, no iba a ser tan simple.

Cuesta suspiró hondo antes de espetar.

—Han entrado en mi apartamento y han dejado todo kaputt. No sé qué es lo que buscaban, o qué es lo que tratan de disimular. En todo caso me han traspapelado todo y han conseguido llenarme de cabreo.

—Calma, Cuesta, calma. Necesitamos la mente fría para pensar. Como dicen en mi tierra “aquí hay más que berzas en la olla”. Ahora que recuerdo, ¿no me había comentado usted que González Beril le había hecho una confidencia?

—Si, efectivamente, lo recuerdo. Entonces él no sabía que yo era guardia civil. Fue el mismo día que, por casualidad, nos conocimos. Me invitó a unos vinos y yo, por aquello de que nunca se sabe y que donde menos se espera salta la liebre (¿recuerda que nos traíamos entre manos el caso del mendigo vergonzante, como le llamábamos?) acepté y me fui con él a una tasca cutrísima de la calle Ballesta. Allí, y ya un poco alegrete, me confesó su perdido amor por una tal Juana García que, según sus propias palabras, “estaba buenísima”. Era, me decía casi entre lágrimas, un “amor pecaminoso”, pues ella era casada. Ya sabe usted, mi teniente, que González Beril tenía fama en el pueblo de cierta beatería, aunque al señor párroco esa clase de piedad no parece inspirarle mucha simpatía. Y, mire usted por dónde la tal damajuana no era otra que la hoy viuda de La Guardia Verdecia.

—El mundo es un pañuelo, Cuesta, pero el asunto sigue complicándose.

Capítulo 5

En Santos de la Higuera los corrillos de gente proliferaban a medida que avanzaba el día. En boca de todos estaban los últimos acontecimientos sucedidos de los que cada uno tenía su versión.

—Imagínese señora Carmen, he oído que el Pablo y ese Lucas han muerto envenenados con matarratas, y que el asesino debió de armar todo ese lío de la sangre y los perdigonazos para despistar.

—!Ay Ramona! Yo tengo mucho miedo, nunca había pasado algo así en este pueblo, pero para mí que el mudo va tener que ver mucho en este asunto. ¿Usted qué piensa Antonia?

—A mí no me extrañaría nada que el Felipe hubiera matado al palurdo de Pablo, le trataba muy mal. El otro día, sin ir más lejos, le pegó una paliza por no sé qué que había olvidado, y además está lo de la herencia.

—Sí, eso también creo yo —añadió la señora Carmen. Pero ¿quién mató a Lucas La Guardia?

La señora Antonia hizo un gesto para que se acercaran, bajó la voz y dijo:

—Lucas ha sido siempre un sinvergüenza, un mujeriego, y además creo que tenía negocios con esa gente de la droga.

—!No! —exclamó la señora Carmen. Ya os decía yo que ese matrimonio era raro. Ella siempre tan orgullosa, mirando a los demás por encima del hombro. Seguro que tiene mucho que ver con todas estas desgracias.

—No sea tan mal pensada Carmen. Lo que pasa es que a usted se le atragantaron desde que vinieron al pueblo.

—!Buenos días señoras! Permítanme que nos presentemos: soy el teniente Olivares y él es mi ayudante, el sargento Cuesta.

—!Buenos días!

—Quisiera hacerles unas preguntas, si ustedes no tienen inconveniente. Es una cuestión totalmente rutinaria.

—!Naturalmente teniente! Estamos a su disposición.

El sargento Cuesta sacó una pequeña libreta de su bolsillo y se dispuso a tomar nota.

—Veamos. ¿Recuerdan ustedes cuándo vieron por última vez a Juan Pablo González?

La señora Carmen se adelantó.

—Yo lo vi dos días antes de que ustedes lo encontraran cadáver. Debía de venir de la zona de los chalets, de hacer alguna de esas chapuzas de las que de las que acostumbraba a hacer. Pasó a mi lado sin dirigirme la palabra. Era muy suyo, mi teniente.

—Bien, bien. ¿Tenía alguna relación de amistad o profesional con Lucas La Guardia?

—No estoy muy segura, pero hace unos meses vi que Juan Pablo entraba en casa de Lucas con un forastero. Por ahí dicen que Lucas tenía que ver con la droga.

La señora Antonia tomó la palabra:

—Mire teniente, en este pueblo hay muchas envidias y mucho odio porque algunas mujeres son unas pécoras que comprometen a los hombres.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que la mujer de Lucas lió al Pablo de malas formas, ya me entiende usted, se veían a escondidas y el marido sin enterarse. Quién sabe si al final lo descubrió...

La señora Ramona también quiso intervenir:

—También Teresa, la del bar, es de armas tomar. Se pasa el día a la puerta del café figoneando. A mí me han contado que tuvo amoríos con Juan Pablo y estaba celosa, tenía atragantada a la María Juana.

—Gracias señoras, me pondré en contacto con ustedes si las vuelvo a necesitar.

Las tres mujeres se despidieron.

—Adiós teniente, adiós sargento.

—Lo siento, pero en este caso me temo que no voy a poder ayudarte. Lo que me pides no es ético en mi profesión.

González Beril lo agarró compulsivamente por un brazo.

—Te lo pido por tu madre, no conoces a ese hombre, es agresivo, prepotente... Nos matará si se entera.

—Lo siento, perdóname.

González Beril rompió a llorar. Cuesta no sabía dónde meterse.

—Por favor, cálmate, estamos dando el canto.

—Nos matará, lo sé, en la multa se verá dónde fue echada, nos dirigíamos a la sierra, a un hotelito... Juanita le había dicho que iba de compras a El Corte Inglés...

A Cuesta le rompió el alma aquella desesperación. Buscó a sus compañeros de Tráfico por si aún podía arreglarse la cosa. Tuvo que rogar pero al fin...

—Tuvo suerte ese conocido tuyo de que aún no estuviera cursada la papeleta. De todas formas esperemos que, después de este susto, la tal Juana García se fije más en las señales, que para algo están.

—Nunca podré olvidarme de esto, te lo juro. Algún día espero poder recompensarte por ello.

—No busco recompensa, amigo. Si lo haces así me colocas un “puro”: Eso si que sería “tráfico de influencias”.

(“El que tiene un amigo guardia civil...”). Cuevas, al fin, respiraba tranquilo: con lo simple que era González Beril era capaz de tenerle en cuenta en su testamento. Menos mal que no era así.

—¿Sabe, señora Carmen, la ultima novedad que se corre por el pueblo? La comentaban en corrillo hace unos minutos en el supermercado.

—Dígame, dígame, como a todo el mundo en este país, estos misterios me intrigan.

—Al parecer— y aquí bajó la “maruja” la voz— la señora Emelina dijo que la Teresa de La Gruta y la mujer del “Madrileño” son medio hermanas por parte de padre y que se llevan a matar, por eso han aparentado siempre que ni se conocen.

—¡Qué noticia!

—Ya fue la guardia civil al bar para interrogar a la mujer de Mañuco.

El teniente Olivares fumaba un pensativo cigarrillo. “Cada vez que decido dejar de fumar, surge algo que me aparta de mis propósitos”, se dijo. “En todo estoy hay algo que no acabo de entender... Además, está lo del sargento Cuesta...”

Se levantó y fue hacia la puerta.

—Veloso— llamó.

—Sí, mi teniente.

—Venga a mi oficina.

Olivares tomó asiento, mientras le hacía un gesto displicente a Veloso para que lo imitara. El joven, recién salido de la escuela, conservaba aún la rigidez de los primerizos. Su expediente era de los mejores y no llevaba tiempo suficiente en el cuerpo como para haber adquirido algunas mañas. Se le percibía ansioso, como si estar sentado ante su superior fuera algo inusual.

El teniente se decidió:

—Voy a necesitar su colaboración.

—Por supuesto, teniente. Lo que usted diga.

—En este caso hay demasiado embrollo. ¿Lo estudió detenidamente, tal y como se lo ordené?

—Claro, jefe.

—Me gustaría que me expusiera los puntos oscuros y me diera su opinión.

Veloso sacó una libreta de su bolsillo y comenzó a consultarla.

—Veo que ha tomado notas.

—Es que todo resulta un poco embrollado...— respondió casi justificándose.

—Me parece bien. Continúe.

El guardia civil tomó aliento para superar lo que parecía un examen.

—En primer lugar está el hecho del veneno, los perdigonazos y el cuchillo. ¿Por qué y para qué? En segundo, la sangre de cordero... Luego, los dos asesinatos. Si La Guardia mató a González Beril por celos, ¿quién mató a La Guardia? Por último...— Veloso dudaba.

—Continúe— lo animó el teniente con una sonrisa.

—Bueno, no está muy claro lo ocurrido en casa de Cuesta...

—¿Cuáles son sus conclusiones?

—¿Y si hubieran dos asesinos?

Olivares mostró su más amplia sonrisa.

—Veo que ha aprendido a no dar nada por supuesto. Efectivamente, Veloso, yo estoy pensando lo mismo desde ayer. Dos cadáveres asesinados de forma idéntica y ambos camuflados de forma similar hacen pensar en un mismo homicida. Y eso es lo que querían que pensáramos. Separemos, momentáneamente, ambos casos. ¿Quién mató a González Beril y por qué?

—Podría ser La Guardia. O el mudito.

—No, el mudito no. Su desconocimiento del testamento casi no ofrece la menor duda. Además, le presiento inocente y en este trabajo uno tiene que aprender a utilizar los presentimientos.

—Entonces, La Guardia. Y el motivo: celos. Pero sigo sin comprender lo del cuchillo y los perdigonazos.

—¿Y si no fuera ninguno de los dos?

—No entiendo...

—Acompáñeme. Todavía hay alguien que tiene muchas cosas que decir. En un adulterio, no siempre es la persona engañada la más agraviada.

—¿Y el sargento Cuesta?

—Lo he enviado a Madrid a investigar la procedencia del cuchillo.

Capítulo 6

Maria Juana García Pereda, reciente viuda de Lucas La Guardia Verdecia, se sobresaltó ante la llegada de Olivares y Veloso, aunque hizo grandes e infructuosos esfuerzos para disimularlo.

—¿En qué puedo servirles?

—Nos gustaría tener una conversación con usted. Puede ser aquí, si nos permite entrar, o podemos citarla al cuartel, si así lo prefiere.

—No, no... Pasen, por favor.

Entraron a un amplio salón que evidenciaba cierto poder adquisitivo: muebles caros y electrodomésticos de última generación demostraban que a Lucas La Guardia no le iba mal en el negocio de coches usados. María parecía muy

aturdida y sus ojos delataban que había estado llorando durante mucho tiempo. Les indicó a los civiles un sillón de cuatro plazas y ella misma se sentó en uno unipersonal, frente a ellos.

—¿Por qué lo hizo, María?—. La pregunta de Olivares sorprendió a Veloso y provocó que María rompiera en un llanto al parecer incontenible.

—Cálmese... cálmese... Lo sabemos todo. Sólo nos faltan algunos detalles.

La mujer comenzó a hablar entre sollozos. Parecía desesperada y aliviada al mismo tiempo, como si necesitara soltar todo lo que llevaba dentro. Al principio, lo único que entendían Veloso y el teniente era que se sentía culpable por la muerte de su marido. Lo repetía una y otra vez, como si de un exorcismo se tratara. Olivares le hizo una señal a Veloso para que no interrumpiera a María. Cuando creyó que se había desahogado, decidió continuar.

—¿Por qué mató a su amante? Porque sabemos que González Beril era su amante.

—Sí, y nunca me arrepentiré lo suficiente. No sé por qué lo hice... Celos y despecho tal vez... Sabía que Lucas tenía amantes... Siempre me decía que gracias a él yo me daba la gran vida. Y era verdad..., en lo material... Pero yo le quería... Y luego el maldito Juan Pablo no me dejaba en paz... Y mi marido era un hombre violento. El sargento Cuesta siempre lo estaba aconsejando. No sé qué habría hecho de haberse enterado... Yo tenía que cortar por lo sano, ¿me comprenden? Y le envenené la comida... Hagan conmigo lo que quieran.

—¿Su difunto marido y el sargento Cuesta se conocían?

—Claro, tenían negocios juntos.

Olivares y Veloso intercambiaron una rápida mirada.

—¿Por qué le disparó después de haber envenenado a González Beril?— se animó a preguntar Veloso, ante la mirada aprobadora de Olivares.

—¿Yo? ¿Disparar? ¡Pero si nunca he tenido un arma en mis manos!

La detención de María Juana García provocó un nuevo avispero en Santos de la Higuera. Ello convenía al teniente Olivares, pues permitía que la prensa dedicara toda su atención a la mujer y de esa forma no ocupaban de lo verdaderamente importante. Quien no parecía muy satisfecho era el sargento Cuesta.

—Pero mi teniente, en esta fase de la investigación...

—En esta fase de la investigación —lo interrumpió Olivares— lo más importante para mí es descubrir de dónde salió el maldito cuchillo, Cuesta. Por eso necesito que continúe buscando esa pista.

—¿Sabe usted la cantidad de comercios dedicados a vender cuchillos que hay en Madrid? Además, ¿quién sabe cuándo lo compraron?

—El cuchillo es nuevo, Cuesta. Y nadie compra un cuchillo para tenerlo guardado. Mientras usted sigue esa pista, Veloso me ayudará con los asuntos de rutina.

Antes de salir, el sargento Cuesta miró a Veloso con resentimiento. El joven trató de sonreír, pero no mejoró las cosas con ello.

El sargento Cuesta aceleró al máximo su moto, como para descargar en ella toda su furia. Su cólera era tal que olvidó tomar las precauciones a las que estaba acostumbrado y no comprobó si alguien lo seguía. Cuando se disponía a coger una curva, un coche se le adelantó en una peligrosa maniobra. Cuesta intentó apretar aún más, cuando se dio cuenta de que se le venía encima. Y fue lo último que supo en este mundo.

—¿Y bien, Veloso?— dijo el teniente cuando comprobó que Cuesta se alejaba en su moto.

—Sigo sin comprender qué está pasando. Sobre todo quién disparó sobre González Beril y por qué. Y quién apuñaleó a La Guardia y por qué. Y la sangre de cordero... Es un lío, jefe.

—Un lío muy simple. Son todas pistas falsas. Eso lo sospeché desde el primer momento. Alguien se ha dedicado a sembrar pistas falsas para intentar volvernos locos. Quite todo lo que le confunde. Échelo a un lado. ¿Qué queda entonces por aclarar? La muerte de Lucas La Guardia, sólo eso.

Veloso miró con cierta timidez a su superior, quien lo animó a hablar con un gesto.

—Hay otras dos cosas por aclarar, mi teniente.

—Expóngalas.

—¿Se fijó usted en el televisor de casa de La Guardia? Es de última generación y vale una pasta. También el equipo de música. Y los sillones de cuero... No creo que un pequeño negocio de coches usados dé para tanto.

—Lo sé. Y no sólo eso. He investigado las propiedades de La Guardia y éstas incluyen un BMW adquirido el año pasado y que costó 8 millones de pesetas. ¡Pagadas en efectivo! Sin embargo, la cuenta corriente de La Guardia nunca sobrepasó los 4 millones! Pero usted se refería a dos cosas. ¿Cuál es la otra?

—¿Qué pinta en todo esto el sargento Cuesta?

—No estoy seguro todavía, Veloso. Todo huele a negocio sucio a gran escala: drogas o prostitución. Es decir, crimen organizado.

—Yo también lo había pensado.

—El problema es que falta alguien. No veo a ninguno de nuestros conocidos en el rol de capo. Vamos al pueblo a ver qué encontramos.

Capítulo 7

El teniente y Veloso tomaban un café en las sombrillas de La Gruta cuando llegó su propietario en un Mercedes Benz cabrio de último modelo. Parecía agitado.

—En este pueblo todos parecen tener coches de lujo, mi teniente— susurró Veloso.

—Fíjate en la puerta. Le han dado un golpe.

Mientras ambos hombres observaban el coche, una figura enjuta se les acercó.

—Bueno días, teniente.

—Buenos días, doña Emelina. ¿Qué hay de nuevo?

—Eso depende de lo que usted llame nuevo.

Olivares le hizo un gesto, como animándola a hablar, pero Emelina miró significativamente al interior del bar.

—Aquí todo se sabe, teniente. Iré al cuartel por la tarde— dijo y continuó su camino sin despedirse.

Los expertos de Trafico certificaron que la moto de Cuesta iba a 180 kilómetros por hora cuando se estrelló contra la roca. Para encontrar algo significativo en la chatarra en que quedó convertido el vehículo harían falta más investigaciones. El sargento murió instantáneamente, como lo atestiguaba su masa encefálica estampada en la piedra y mezclada con trozos del casco, incapaz de soportar semejante impacto.

El teniente Olivares y el guardia Veloso se miraban pensativos, cuando otro guardia anunció la llegada de Emelina. Olivares la hizo pasar inmediatamente.

—Una se entera de muchas cosas si abre bien los ojos— fue el extraño comienzo de la anciana.

El teniente hizo un gesto a Veloso para que no la interrumpiera.

—Éste era un pueblo muy tranquilo, pero ya no. Desde que ellos llegaron. Todo el mundo sabe lo que pasa en esa casa...

—¿En que casa, doña Emelina?

—El último de los nuevos chalets. Siempre entra y sale gente. El difunto, Mañuco y chicas. Muchas chicas. Negritas y rubias. De todo un poco.

Para los guardias civiles fue difícil contenerse, pero lo lograron.

—Estaban unos días ahí y luego se las llevaban.

—¿Quiénes se las llevaban? —pregunto el teniente con suavidad.

—Mañuco, claro. Y el difunto. Yo se lo dije al sargento y me pidió que no se lo dijera a nadie.

—Doña Emelina, nosotros tenemos que salir inmediatamente. Por favor, quédese aquí hasta que regresemos. Su vida está en peligro —dijo el teniente, mientras se ponía de pie y hacía un gesto a Veloso. Sin embargo, la anciana se levantó también y miró fijamente al oficial.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer, jovencito.

La redada fue un éxito y la confesión de Mañuco innecesaria: lo encontraron en el chalet, cuando preparaba la salida de las once mujeres que en él se encontraban: dos lituanas, tres polacas, cuatro colombianas, una rusa y hasta una niña senegalesa que no había cumplido los 15 años. Todos los pasaportes fueron encontrados en poder de Mañuco, quien intentó resistirse, utilizando un revolver que llevaba en la cintura, pero Veloso lo redujo con rapidez y eficiencia.

Nuevamente en la oficina, el teniente y su subordinado permanecían pensativos.

—En realidad, sigo sin entender bien qué ha pasado. Por lo visto a usted le pasa lo mismo, mi teniente.

—¿Eh? No, no se trata de eso. Estaba pensando en el sargento Cuesta y el paso que dio. Lo ha pagado caro.

—Entonces, ¿entiende todo este lío?

—Mire, Veloso, la clave está en La Guardia. Era un hombre violento, e indiscreto. Gastaba mucho y no lo disimulaba. Mañuco ya había tomado la decisión de eliminarlo y Cuesta era quien tenía que hacer el trabajo. Todo estaba decidido cuando María asesinó a su amante. No contaban con eso,

pero intentaron utilizarlo para embrollar el asesinato de La Guardia. Pero cometieron un error: subestimaron a una anciana.

—¿Por qué mataron a Cuesta?

—Sabía demasiado y se estaba poniendo nervioso. Nunca fue un profesional del crimen. Mañuco sí. Por eso se lo cargó personalmente. Ya verás como encuentran en la moto restos de pintura del coche de Mañuco.

Mientras tanto, aparentemente ajena a todo cuanto la rodeaba, una anciana y muy delgada señora barría la acera ante su casa.